



POR LA SOCIEDAD MEDICA DE BENEFICENCIA, DE MEXICO.

SEÑORES:

ESTAMOS frente á una fosa; bien pronto los restos mortales de un amigo querido, de un compañero fiel, serán depositados en ella; cuatro piés de tierra los ocultarán de nuestra vista; un nombre y una cruz nos indicarán en lo sucesivo donde reposan los despojos del Dr. Lauro María Jimenez.

Un deber tan sagrado como triste nos reúne en estos momentos en derredor de un féretro; un sentimiento de amistad nos congrega junto al que fué nuestro bien amado comprofesor; venimos á entregar á la tierra lo que le pertenece; hemos llegado hasta aquí para dar el último adios á esos restos mortales.

Detened por un instante ese sentimiento que oprime vuestro corazon; despejad por un momento ese velo que anubla vuestra vista; fijad conmigo vuestros ojos en ese semblante inmóvil; posad vuestra mano sobre su frente; está insensible, el frio glacial de la muerte os comunica un sentimiento natural de terror; sus ojos están apagados, su pupila inmóvil, sus lábios cárdenos; su corazon no late más: si levantaiis su cabeza, al abandonarla, os la arrebatará la tierra: en vano murmuraréis una palabra cerca de su oído; sus inmóviles lábios no se moverán para contestaros: haced cuantas pruebas os sugiera vuestro sentimiento para volverle la vida; todo será en vano, porque Lauro Jimenez no existe ya. . . .

Vosotros conmigo, apénas lo creeréis, os parecerá inverosímil, cuando hace unos dias ha estrechado nuestras manos; lo dudaréis recordando que hace nueve escuchamos sus palabras en la Academia de Medicina, donde insistia fijando vuestra atencion en las cuestiones de salubridad pública; vacilaréis cuando, como yo, hayais recibido há poco unos tiernos renglones trazados por su mano firme; y sin embargo, ante la terrible realidad de su muerte, no nos queda más que abatir nuestra frente bajo el peso del dolor.

¿Y quién fué Lauro María Jimenez? Originario de Tasco, contaba cuarenta y nueve años de existencia. Hizo sus estudios preparatorios en el Seminario Conciliar de México; de allí pasó á estudiar medicina, recibiendo el título profesional en Diciembre de 1850: desde entónces ejer-

ció en México, consagrando los días y las noches al estudio asiduo de los secretos de la ciencia.

¿Quién fué Lauro María Jimenez?

Hojead los registros de todas las Sociedades científicas de la Capital, consultad algunos de las establecidas fuera de ella, preguntad en otros de España y Portugal, y hallaréis luego entre sus renglones el nombre del Presidente de la Academia de Medicina de México.

Recorred los periódicos científicos, y en muchas de sus páginas encontraréis los luminosos escritos del Presidente y fundador de la Sociedad Filoiátrica.

Sus eruditas Memorias son el dechado más perfecto de su constante estudio; son el reflejo más vivo de su ardiente amor por el progreso de la ciencia. A ella, cual amartelado hijo, consagró toda su vida, todos sus afanes, todos sus desvelos: cuando la muerte lo ha sorprendido, tuvo que arrebatarlo de los brazos de la ciencia.

Si nadie ignora que Lauro Jimenez fué el tipo del médico estudioso e instruido, y el decidido campeón del progreso de las ciencias médicas y naturales, tampoco ninguno podrá dudar de sus virtudes como amigo benévolo y afectuoso. En todas partes le vimos estrechando la mano á sus compañeros, y prestando una proteccion decidida á los alumnos de nuestra Escuela de Medicina.

Hace diez y ocho años que la Sociedad Médica de beneficencia lo contaba entre sus socios más entusiastas. El dinero de Jimenez y sus filantrópicos servicios aliviaron el dolor de muchos de sus compañeros; socorria tambien la necesidad de muchas de sus huérfanas familias; actualmente era el tercer vocal de la Junta Directiva.

La Sociedad Médica de beneficencia, transida por el dolor más acerbo, se asocia á este fúnebre cortejo, para darle el último adios al que fué su miembro querido; para depositar con vosotros una corona de ciprés sobre la funeraria losa, que vendrá á separarnos de él para siempre.

Descansa en paz, amigo mio; duerme el sueño eterno bajo el peso de las coronas con que la ciencia ha ornado tus sienes; duerme envuelto en el sudario que la naturaleza entretejió para tí; y cuando en la noche silenciosa resbale un rayo de la argentada luna, alumbrando la cruz que nace de tu sepultura, levántate de esa tumba, para volar al lado de esa juventud médica que tanto amaste, de esos tus compañeros y consocios para quienes siempre tuviste en vida una expresion de ternura.—HE DICHO.

México, Abril 29 de 1875.

M. S. SORIANO.